

Warwick, apenas entrevista a la vuelta de la bella Stratford. La majestuosidad de su castillo se deja ver ya desde lejos. Pero aún más emocionante fue la visita a «The Mill Garden», un hermosísimo jardín en cuya umbría daban ganas de quedarse una temporada. Conjunción de árboles, aguas, paseos, rincones recogidos en la más bella expresión de la jardinería inglesa. La humedad, la intimidad justas en la tarde gris –las siete y media de un atardecer cualquiera en los días del tiempo.

A la salida de los jardines, me hace gracia ver una extraña lista fijada en una de las ventanas de la casa. Se trata de un breve informe en el que figuran las instituciones y los centros benéficos (y a la cabeza de éstos, dos centros dedicados al estudio de la artritis y el reumatismo, lo que indica que el dueño de este lugar conoce bien esas dolencias) a los cuales han sido entregados los beneficios íntegros obtenidos de la apertura del jardín a turistas y curiosos (la contribución es voluntaria). El gesto, muy inglés, se me antoja no muy distinto al de John Ruskin al publicar todos los años en el *Times* una minuciosa rendición de cuentas para que la sociedad de su tiempo supiera el buen gobierno de su considerable fortuna.

Regresamos por Eton y Windsor.

Excursión al País de Gales. Pasados el gigantesco puente y el Forest of Dean –gran bosque atravesado (profanado) por la carretera– hallamos por fin Tintern Abbey. Se halla entre Chepstow y Monmouth, junto al río Wye. Ha sido otra peregrinación, y nunca mejor dicho. Lo que queda de la abadía, desde hace mucho en ruinas, da buena idea de lo que fue; sus muros esqueléticos y desolados retienen todavía una rara belleza que aparece admirablemente conjugada con los árboles de los alrededores y el tímido río a sus pies.

*

A media tarde, en Stonehenge. Hace tiempo que deseaba recorrer ese espacio mágico, una magia que sólo allí podía percibirse en toda su plenitud. Pues las piedras se alzan sobre una vastísima llanura sobre la cual la mirada se extiende casi sin tropiezos –una llanura con la que tienen, por otra parte, una relación muy estrecha (hay enterramientos en los alrededores). Ya desde lejos asombra la verticalidad de las enormes piedras traídas de remotos lugares a través del río, de una manera que no es fácil entender (si es que las explicaciones tienen algún sentido). ¿Observatorio astronómico o construcción religiosa? Está claro que no había diferencia, que ambas cosas eran una sola. En el solsticio de verano, la luz da exactamente en el centro de una piedra, mediante una precisa medición del tiempo, de

los ciclos solares y lunares. Templo y laboratorio, mito y método, en una simbiosis perfecta.

Grandes piedras de julio, alzadas sobre el horizonte. El horizonte humano, sí, hacia atrás.

*

Piedras enhiestas
piedras alzadas hasta el límite
de la mirada

piedras
de reunión

piedras de encuentro con el tiempo

piedras más allá del tiempo

*

En Salisbury, ya casi anocheciendo. La prodigiosa catedral, de mediados del siglo XIII, con su aguja casi inverosímil apuntando a este cielo de verano, no puede menos que despertar un cierto asombro incrédulo, sobre todo desde lejos, que es cuando se advierte de verdad su grandeza. Ya en su interior, lo que más me llama la atención son las vidrieras. Aunque casi todas las originales se han perdido, las nuevas no son menos hermosas, especialmente las colocadas en 1980 en la Capilla de la Santísima Trinidad, obra de un maestro vidriero francés. Frente a ellas me siento largo rato en una contemplación interminable de sus hipnóticos azules.

En uno de los costados del interior me detuve a repasar la curiosa lista de los organistas del templo desde el año 1463, una relación que aquí se luce expuesta con legítimo orgullo. Antes de abandonar la catedral, encendí una llama votiva por... todos nosotros, por un sereno abrazo de nuestro destino.

Agosto

(Puerto del Carmen, Lanzarote). Nos esperaban este cielo, estas aguas clarísimas, para un reencuentro que se ha venido haciendo rito anual.

*